

### Cincuenta años de sacerdocio de Casimir Martí

Casiano Floristán

*Nuestro director, Casimir Martí, ordenado durante el Congreso eucarístico internacional de Barcelona de 1952, acaba de celebrar sus bodas de oro sacerdotales. En el Consejo de Redacción de FRONTERA-PASTORAL MISIONERA no podía pasar desapercibida esta efemérides; por eso, en la pasada reunión, decidimos celebrarla reuniéndonos a comer y tributándole un pequeño homenaje. Casiano Floristán, con su humor característico, se encargó de presentarlo. Publicamos esta "descomunal" laudatio, por ser algo fuera de lo común en estos eventos y por lo que tiene de semblanza personal y de historia íntima de la revista.*

Con gafas de concha, cara redonda, pelo rizado y figura maciza, Casimir tiene las trazas de haber sido en el fútbol catalán de aquellos tiempos un buen defensa central. Al menos sabe pararlas todas —sobre todo con la cabeza— y sacar el balón jugado hasta el área contraria. Con todo, nunca se ha mostrado forofó del Barça ni, por supuesto, simpatizante del Real Madrid. No me lo imagino con una barretina blaugrana y una

bufanda del mismo color gritando por las Ramblas que el Barça es más que un club. En todo caso hubiera dicho, sentado y tranquilo, que la historia del Barça no resume la historia de Cataluña. Hasta ahí podíamos a llegar con los tiempos que corren, ya que un holandés —náufrago de nuestros Tercios— se atrevió a picar su lanza en Cataluña.

Una vez visité en Barcelona a un antiguo párroco de mi pue-

blo navarro, que por azares de posguerra se fue a la Ciudad Condal y opositó a la canonjía de magistral, que consiguió sin saber una pizca de catalán, algo inaudito. Lo saludé en un confesonario de la catedral, solo y a oscuras. Aquel canónigo que quizás tú conociste, querido Casimir, y que murió siendo pobre aunque aferrado a la más rancia escolástica, fue semejante a los maestros que tuvimos entonces. Santos pero calamitosos. Es un milagro de Dios eso de los cincuenta años de cura.

Imagino a Casimir de joven clérigo en los archivos de la Corona de Aragón o de la Generalitat de Catalunya, con un bonete cilíndrico en la cabeza para resguardarse del frío, revestido con una *dulleta* a modo de guardapolvo y tomando notas con una pluma estilográfica americana *Parker*, de las que se compraban de estraperlo en el puerto de Barcelona. Discípulo predilecto de Vicens Vives, Casimir sabe leer la historia antigua e interpretarla con los parámetros de hoy. Naturalmente, ha sacado jugo a ciertas afirmaciones clericales estridentes y a decisiones nacio-

nal-católico-catalanas de un alcalde de la ciudad o de un delegado del gobierno, usurpando la homilía del obispo de turno. Humor nunca le falta a Casimir.

Cuando Casimir iba a palacio a ver al arzobispo Don Marcelo, se le olvidaba lo que llevaba entre manos y por de pronto le daba el pésame. Tal era la cara de compungido que tenía siempre aquel arzobispo vallisoletano. Cuando supe que así saludaban los curas catalanes a Don Marcelo, me vi yo mismo en un apuro cuando me topé con ese arzobispo y me quedé perplejo. No me atreví a darle el pésame —me hubiera dado risa— y le di, sin quererlo, la enhorabuena. Me contestó: "Muchas gracias", sin que yo supiera el porqué, aunque me lo imagino. Don Marcelo tuvo la osadía de añorar los "tiempos recios" castellanos de antaño ante un grupo de finos clérigos catalanes, educados en la escuela de Florencia y ahítos de contemplar el Mediterráneo y su rica cultura desde un balcón gótico.

En las reuniones de *PASTORAL MISIONERA* siempre me

fijé en la mirada que Casimir dirigía a Fernando Urbina. Escuchaba atento las descripciones lúgubres y funerarias que nuestro fundador y director trazaba sobre la actualidad religiosa y política, pero sobre todo —cuando se alargaba Fernando y se iba por los cerros de Úbeda—, Casimir aprovechaba un suspiro de Fernando o una toma de aire en sus titubeos, para cambiar de tercio y centrar la discusión. He asistido a muchos consejos de revistas, pero como los de Pastoral Misionera en los bajos fondos de la calle La Bola, con Fernando Urbina en un catre, no pueden compararse a ninguno. Goya hubiera hecho de aquellas reuniones un aguafuerte de inestimable valor. Nosotros intentábamos proclamar el evangelio y faltaba poco para proclamar entre todos, con Fernando al frente, la República.

Yo coincido con Casimir en la primera parte de su nombre, pero no en la segunda, para desgracia mía. Los dos nos hemos quedado en ser "casi", sin llegar a ser del todo, si llamamos "todo" a ser obispos, cosa muy discutible. De todas formas, el puente aéreo nos ha unido a mí

y a otros muchos con Casimir. El apellido Martí es otro cantar, sobre todo para los oídos finos de un cubano. Puede que el Martí de las Antillas descendiese de un catalán de Vilanova i la Geltrú, que se fue a Cuba con un arca llena de ricas telas confeccionadas en Sabadell. La pela es la pela.

También coincido con Casimir en que nacimos el mismo año, 1926. Somos quintos de Fidel Castro, la reina Isabel de Inglaterra y Di Stéfano, el gran futbolista que robó el Real Madrid al Barça gracias a los mangoneos del gobierno. Aquellas cinco copas fueron copichuelas.

Nunca fui al teatro en Madrid con él y con otros amigos de FRONTERA el sábado a la noche, debido a mis "rodillas vacilantes", las que así apostilló despectivamente el profeta Isaías. Yo me conformaba y me conformo con un género humorístico menor: el de las anécdotas. Confieso que Fernando Urbina y Casimir Martí han sido para mí oyentes agradecidos con sus sonrisas y carcajadas, a pesar de que escuchasen aquellas anécdotas más

infinidad de veces. De tanto repetir algunas, olvidé la edición típica, y les añado retoques nuevos hasta producir versiones mejor acomodadas a los oyentes.

Querido Casimir: cincuenta años de cura es una proeza que no se la salta un gitano. Como decía una marquesa a otra en un chiste de Mingote: "Pepita, no lo dudes, nos salvaremos los de siempre". O sea, buenos y san-

tos curas son los que llegan a medio centenar de años y siguen en la brecha, como tú, Casimir. Es decir, los de siempre.

A Urbina le dolía siempre al alma. A ti te deseo que te duelan solamente las articulaciones, que no pierdas el apetito y que te sigas riendo de todo lo risueño que tiene la vida, que no es poco. No brinques la *Frontera*, Casimir, que te necesitamos.

---

## De nómadas a sedentarios

### Reflexiones desde una parroquia con superávit

---

Susana Sáinz López y José Antonio Águeda Iniesta

“*Dame gafas, Señor...*”, comienza una oración ya paradigmática en la parroquia Santo Domingo de Guzmán (Madrid). Su autor, desconocido. Su intérprete, el párroco que durante 30 años se ocupó de sus avatares cotidianos. Su momento, al comenzar un nuevo Consejo Pastoral de los muchos que en la parroquia han sido. Un Consejo consultivo por Derecho Canónico, pero constructivo, decisorio en la totalidad de su historia de décadas. “...*Dame gafas, Señor, gradúame la vista...*”, repetía con fuerza esa voz potente de los que viven la Buena Noticia desde las vísceras. Así lo presentíamos todos.

Jesús Cubillo, el párroco, murió una extraña mañana de

enero. Su muerte fue como su vida, alternativa, comprometida, diferente por contraposición a lo indiferente, a lo vulgar. Pero ese es tema de otro costal o harina de otro artículo, a elección. La introducción no es baladí, sin embargo. Jesús era *sedentario*. Un raro espécimen entre las floras parroquiales del hábitat cercano. 30 años al frente de una parroquia mediana en tamaño y grande en recursos. Su silla había intentado ser movida desde las más altas esferas jerárquicas. Intentado, decimos, porque contrariamente a lo habitual, su pertinaz resistencia pudo con la "obediencia debida". Cubillo era Santo Domingo y Santo Domingo, Cubillo. Esta situación engendraba aspectos

positivos y negativos dentro del trabajo cotidiano en la parroquia. Eludir lo malo sólo sería abonar la ingenuidad. Pero un análisis en términos de balance hacía que la parroquia fuera una casa de todos, desde todos y para todos, parafraseando el célebre aserto.

Murió Jesús, el de Burgos, y se reunió la comunidad parroquial con carácter de urgencia. Además de la tristeza sentida y del desconcierto natural, se palpaba la desconfianza de quién se sabe en el ojo del huracán. ¿Qué pasaría entonces? ¿A quién nos mandarían? Se sabía la inutilidad de proponer un nombre de alguien “no alineado”, o “demasiado joven” o “demasiado libre-pensante”. Se cargaron las tintas, entonces, en la continuidad de la vida cristiana vivida en esa forma parroquial que conocíamos, con las debidas correcciones, por supuesto. Dábamos fe, entonces, de la creencia en la validez del modelo. Se redactó una carta descriptiva de tal realidad y se afirmaba el deseo de la línea pastoral a continuar.

Esa línea se refería a compromiso social, a involucrarse

en el barrio y en el mundo empobrecido, ambos como realidad inmediata, a ofrecer a Jesús, el de Nazareth, como alternativa a la triste opción vital “todoconsumista” de niños, jóvenes y en adelante. Todo ello con la fuerza de la comunidad de vida, de la celebración y del sacramento compartido...

...Según aterrizó el nuevo párroco, acabó con la absolución conjunta en el contexto de la celebración comunitaria de la penitencia, una adquisición costosa a la par que fructífera de la comunidad de Santo Domingo. Por lo visto, el tema había sido impuesto desde Vicaría por la vía de la *conditio sine qua non* para el nuevo párroco. Una vez más, el ejemplo anticipa lo que el transcurso de los acontecimientos nos depararía. Un *nómada* que llega a un territorio nuevo con el ánimo de ocuparlo, de captar las riquezas que el entorno le ofrece. Así llega Juan Ignacio, con tanta experiencia en cárceles como ninguna en parroquias. Una opción que, desde dentro, se interpreta como aproximadamente aceptable por cuanto la menos mala

según los primeros indicios que, desde luego, nada tienen que ver con el veto a la absolución general para los asistentes a la referida celebración del perdón y la reconciliación.

A partir de ahí, el paso de 3 largos años nos ha puesto la situación en la más verídica de sus posibilidades. Una comunidad que vive una crisis de fe desde los cimientos hasta su cúpula de metacrilato. Una acción social ineficaz o inexistente. Unas celebraciones vacías de contenido, cuando no de coherencia y vivencia. Una pastoral, en fin, colapsada por las ingerencias constantes y el escándalo de ejemplos poco ejemplares.

Un *nómada*, por concepto, exprime su territorio desde la perspectiva de su marcha futura. Asumiendo su no permanencia, no echa raíces. Todo lo contrario. Arranca las que ya hay si con ello satisface una sed que le pilla demasiado alejado del río.

Pero los hay también muy *sedentarios*. Los que somos miembros de la parroquia por nacimiento o adopción, esos los primeros. Esos que intentamos

cuidar el territorio para que germinen frutos del Espíritu.

Pero los verdaderamente significativos se sitúan en los atrios episcopales. A esos resulta difícil, muy difícil moverles, si es que alguien lo consiguió alguna vez. Este segundo tipo de *sedentarios* son los que, a la vez, han decidido vía espíritu, la adscripción del *nómada* correspondiente. Son los que establecen las líneas de una actuación ajena, la mayoría de las veces, a los inquilinos del hábitat. Y, paradójicamente, son aquellos que también abandonan a su suerte a los sufridos vividores de la comunidad sin que su decisión primigenia, aquella que fundamentó el tan manido paráclito, sea evaluada en sus resultados. Ellos hacen y deshacen con la plena conciencia de su no responsabilidad. En el resto de los ámbitos de la vida, los resultados negativos llevan aparejada la asunción del sonrojo correspondiente, cuando no la obligada dedicación a otros menesteres. En la lógica de la fraternidad cristiana, si el ejercicio de las funciones dañan lo que el personal aprecia y vive, lo primero es la explicación y lo

segundo un volver a empezar por ambas partes. Tal es la lógica elemental. Otra cosa es que sea la suya.

En honor a la verdad, sí que hay algo que haya constituido motivo de su preocupación. Algo importante, además. Nos estamos refiriendo a la bolsa parroquial y a su balance de pérdidas y ganancias. Resulta que los dineros parroquiales ya no son los que eran porque no entra lo de antes y lo que se gasta se ha multiplicado y diversificado (del mantenimiento de un piso de “monos” al ADSL; de becas para campamentos a leasing de climatizadores...). Resulta que no sabemos donde han ido los ahorros acumulados por el tiempo y

que las suscripciones para diversos motivos se trasladan a asientos estratégicos.

Pues bien, el porvenir acumula incertidumbres opacas, extrañas sombras que no desenfocan la verdad que poseemos: Mañana el *nómada* se irá a cualquier otro territorio del que pueda extraer toda su riqueza para ponerla al servicio de quien corresponda. Mañana vendrá un nuevo inquilino del cargo que asumirá los mismos compromisos superficiales con el entorno y sus habitantes. Mañana se buscará la regeneración financiera de las arcas parroquiales a costa de todo y de todos. Y, mientras tanto, nosotros aquí como ovejas sin pastor.